

EL OTRO FINANCISTA

(Discurso literario a propósito de Thomas Mann y cierto millonario, con un paréntesis final para cartagineses).

Eduardo Saxe Fernández*

A Carlos Cordero M.

"...que se aprecie poco al burgués y se le tenga por cargoso y cerrado".

Goethe.

I

El país aquel estaba ya hasta con hambre, había marcada desnutrición entre las gentes del campo, la economía nacional era simplemente un desastre; todo a causa del agrarismo primitivo prevaleciente, la poca industrialización y la mala política fiscal y tributaria del Estado. Pero los habitantes compartían un bello sentimiento ancestral de unidad y auto-identidad, y se emulaban, y se elevaban por encima de aquellos problemas, contemplando y sosteniendo a los príncipes de la Casa reinante, viéndose reflejados, encarnados y reproducidos a un nivel superior en Su Alteza Real. Por eso, *Alteza real* se titula también una de las primeras novelas de Thomas Mann, donde se cuenta la historia, la historia de aquel país¹.

Karl Heindrich, el personaje protagonista, es el Duque quien, con un "doble" símbolo —su hermano mayor, Albrecht II, el verdadero heredero—, y una mano atrofiada de nacimiento, crece, estudia y enamora a Imma Spoelmann, la hija del multimillonario norteamericano que vino a residir al minúsculo Ducado, y que compró un abandonado palacio, el Delphinort². Por supuesto, como en toda historia de príncipes y princesas y aventuras simbólico-anímicas (*Seelenmärchen*), al final los jóvenes se casan, la obra termina con el júbilo del veraniego día de la boda, cuando se unen "alteza y amor" (Karl Heindrich e Imma, respectivamente) y, también, cuando se logra conjugar el bien personal con "el gran todo", es decir, que Spoelmann padre, a manera de dote cancela la mitad de la Deuda Nacional (de unos 600 millones), al trasladar parte de su capital para invertirlo, por ejemplo, en los hasta entonces improductivos ferrocarriles locales.

A su vez, la Casa Ducal-país-familia ennoblece a Imma, le entrega la tierra y el agua, y también a su hijo y representante más auténtico.

Se trata, como es claro, de un pacto-negocio-tratado-convenio de carácter matrimonial³; y lo increíble de la narración es que, con ese énfasis en lo formal-pecuniario, Imma y Karl Heindrich se aman, con ese raro y un poco frío —para nosotros, tan pasionales— "sentimiento práctico" que caracteriza y que significa la unión de la nobleza con el capital.

(En Norteamérica, el origen más que dudoso de la enorme fortuna de Spoelmann había provocado violencias y rechazos contra él. Por eso se fue, me-

* Departamento de Filosofía, Universidad Nacional de Costa Rica.

dio huyendo de la justicia. . . En su nueva patria, sin embargo, todo es diferente, Imma visita hospitales a título de gran benefactora —así conoce al Duque—, y su padre es sumamente respetado, su vida y su enfermedad se siguen con cuidado y veneración, a través del *Eilbote*, el periódico más importante de la capital).

II

Tal es el argumento, sencillo y clásico; tales algunos aspectos fundamentales del trabajo de Thomas Mann; aspectos que van unidos a toda una trama narrativa, cargada de signos-que-evolucionan, envolvente (para seguir con el ejemplo, dice varias veces al principio que los ferrocarriles ducales son absolutamente inútiles, después llegamos a saber que la fortuna de Spoelmann proviene de acciones ferroviarias en gran parte; y al final vemos al sistema de transporte férreo nacional como engalanado, y no otros —relevantes para otra intencionalidad—, en primer término porque fueron ellos los que llamaron mi atención durante y después de la lectura, y esto no solamente por motivos intencionales —por estas consideraciones que iban surgiendo en la imaginación—, y tampoco únicamente por motivos estrictamente subjetivos o puramente científicos, sino, y en segundo término, por su inmediata concordancia con una situación concreta que vivimos nosotros y, en fin, en tercer lugar, porque lo subjetivo y lo científico resultan de lo objetivo y social, y porque, si no tuviera esos elementos socio-económicos, explicitados, *Alteza real* hubiese sido una narración tradicional del tema, nunca habría necesitado y generado su gran riqueza lingüística, temática e imaginaria, ni hubiera tenido relevancia literaria, es decir, histórica, es decir, humana.

La realidad a la que quiero referir analógicamente la narración de Mann es típica de toda Latinoamérica, y en Centro América y las islas caribeñas adquiere tonalidades grotescamente clásicas, pues ha decidido y marcado su proceso histórico de, al menos, todo el siglo XX: es la "afluencia" de capital y de capitalistas norteamericanos a los respectivos territorios nacionales, con su escuela de intervenciones, y la consecuente desnacionalización y la desculturización y pseudosocialización (en sentido estricto). Se trata, como prefiere decir un estudioso, también norteamericano, hablando de Nicaragua y su historia reciente, de una "supervisión continua", por la parte Norte, sobre los acontecimientos locales. Además, como en esa misma Nicaragua con el gangster Hughes, se trata no solamente de "Compañías" tan o más poderosas que las naciones, sino, también y específicamente, de individuos, millonarios tan o más poderosos que los Estados.

No voy a citar nombres, ni de país o condiciones, ni de protagonistas tampoco. Declaro, a nivel de metalenguaje exigido, que cualquier coincidencia con personas o situaciones de la vida real que en lo que sigue aparezca, es absolutamente involuntario y casual. Los lectores interesados —los afectados— entenderán la implicación de este trabajo, y espero que los lectores no implicados puedan seguir el hilo, atendiendo al contenido más literal que implicativo y, por lo demás, soy consciente de que la poca gracia que este trabajo pueda tener radicará en su premeditada ironía. O, de otra manera, que no digo nombres propios para evitarme persecuciones, y para que el análisis me exija un doble ejercicio, este segundo semi-literario, cuasi narrativo. Y, por eso mismo, debo dejar de lado muchos factores y cosas y procedimientos científicos, pero confío en que los estimables filólogos, politólogos y sociólogos me permitan esta liberalidad con el método, ya que esas consideraciones teóricas y prácticas citadas me ponen a trabajar con un instrumental, si no ya formalizable (ciertamente), sí espero que válido y sugestivo, más alusivo que aparentemente explicativo (desde el punto de vista metodológico, claro está).

III

NUESTRO ESQUEMA.

El otro financista también es norteamericano. Alto, medio grueso y bastante joven. Pelo negro, bigote cuasi hitleriano, y una astucia tan grande que podría ser explicada por transmisión de disposiciones bioquímicas (como diría el autor de *Buddenbrook*). Y no en vano, pues, según nosotros, procedería ancestralmente de Italia, de los núcleos mafiosos de la antigua tradición pitagórica y, más modernamente, siciliano-chicagoesca. O, como diría un poeta imperial romano o yanqui:

Sangrienta Etruria
que se ayuntaba con el divino Triángulo
(el comercio exige el cálculo),
y que secreta y con *mammas* veneradas
crece y relumbra desde las fauces del Hudson.

Tal es el otro financista para no decir: "hombre de negocios norteamericano que no se refugia en Europa, sino que avanza hasta la nueva frontera (New Frontier) bursátil, la selva que habla español" (y lo digo "financista", con neologismo heleno, por concordancia mental).

Al igual que el Spoelmann de *Alteza real*, su vida es seguida con pasión veneratriz, pero también acerba, por los medios de comunicación colectivos, y también él colocó una "inyección de capital" en la sacra región de la economía patria. Sus inversiones lo han convertido en fuerte competidor de las *Banana Companies* y del mismo aparato bancario nacional. Representa, sociológicamente, el liderazgo de la inmigración de "pensionados" norteamericanos que otro personaje de esta historia (al cual veremos enseguida), propició mediante legislación xenófila, autófoba. El otro financista, después de haber comprado seguridad ante la persecución de la ley norteamericana (ya que, allá, no solamente había demostrado sus cualidades cowboyescas financieras, sino que también era parte del tinglado criminal y circense de Nixon y de Kissinger), y después de haber comprado acá innumerables bienes productivos y humanos, pasó a la etapa "benefactora, regalando u ofreciendo regalar casas, fincas, caminos, puentes, escuelas, propinas, violines, financiación, etc. (Lo mismo que Spoelmann). Y, lo mismo que Spoelmann, tiene familia, pero namismo que Spoelmann). Y, lo mismo que Spoelmann, ninguno de ellos dedica al álgebra; die en ella puede compararse a Imma: ninguno de ellos dedica al álgebra; ninguno se ve animado por un *geist* romántico, creador y encantador. Y, otra diferencia con *Alteza real*; en el país del otro financista no sólo no hay duques o príncipes, sino tampoco princesas que pudieran casarse con este extranjero (*bárbaros*, en idioma heleno), y que, en consecuencia, representarían al espíritu nacional, y fueran amadas por sus súbditos (al final veremos qué sucedió en este territorio con la princesa nacional).

Porque el minúsculo territorio, desde hace ya casi tres décadas, ha sido gobernado por el antojo semiilustrado, tenaz e imperioso de un "duende", carácter campechano, autodidacta en el sentido inglés (*self-made man*), que cuerda en parte a Iván el Terrible (por cierto tipo de *oprichnina* que impulsó), y, en parte también, a Pedro el Grande (en sus afanes "modernizadores, industriales e industrializantes). Esotéricamente, debe ser analogado con el personaje malévolo del *Ruslán* y *Ludmidna* de Pushkin (para seguir con ejemplos rusos); es decir, que el travieso símbolo y señor del país es entonces, en tanto "duende", un poco mago-alquimista de la historia de este pueblo, como corresponde a una naturaleza fantástica que se posesiona de humana carne, y

aunque se trata, desde luego, de entidad de segunda o tercera categoría cabalística, según pude saber anoche por intervención de S. R., quien se hacía acompañar, para la entrevista onírica que tuvimos, de mi querido R. Así — más o menos — me hablaron:

S. R.—“No lo podemos calificar de Gran Mago, ni mucho menos de Yo Supremo, o desarrollado. *Abdinotalil Saturno Malo*”.

R.—“Es decir, una p... barata cualquiera”.

S. R.—“Un *daímon* menor: una emanación del Espíritu de la muerte”.

R.—“Quien habita en Washington, *in camera* pentagonal”.

Como todavía no entiendo muy bien la jerga de la Alta Inteligencia, olvidé muchas otras cosas que dijeron entonces S. R. y R.: saqué en conclusión que se trataba de algo malo pero no principal, y después recordé que, en casi todos los sistemas teológicos, el modelo binario implica corrupción, muerte e infelicidad, hasta tanto no se complete una Trinidad o una Cuaternidad. Y, en Alteza Real, Albrecht —el verdadero heredero— es la “sombra” de Karl Heindrich, de la misma manera que, en esta otra historia, la “Compañía” (*Company*, abreviado CIA) es la “sombra” —es decir, el sustento malévol—, tanto del duende como del otro financista.

En la historia escrita y soñada por Mann, la solución a la dicotomía es aportada por la presencia de otro binomio, compuesto por el padre y la hija, Imma-Spoelmann, el oro-espíritu. La otra, la nuestra, en cambio, es una solución negativa o auto-reductiva: si la CIA es la sombra del duende, entonces su reinado será de padecimientos; y si el otro-financista representa, teóricamente, el elemento que completaría al binomio CIA-duende, entonces no hay completitud verdadera, liberadora, creadora. Pues el millonario es uno-idéntico con el duende y, además tampoco es ajeno a la CIA. No hay solución posible o, mejor dicho, el desenlace que resulta es disolvente, con un desarrollo estático-tensional.

Por otra parte, como el duendecillo es muy macho-masculino, no puede ofrecer al otro financista exilado el goce de la suprema realización hermética, el *coniunctio*; aunque, claro está, alguna alianza mágico-matrimonial se podría intentar con el yanqui *polymétis*⁵. Y, ciertamente, una alianza muy particular, aunque no por ello menos tipificada, tiene lugar: el engaño de la auto-sugestión que produce la mono-auto-gestión-empresarial: el reflejo fatal que como término compensatorio y negativo se levanta inevitable contra la cabeza del Amo, por su mismo existir en cuanto tal (así diría un Hegel simplificado).

El duende, que reina desde su misteriosa casa-finca-fábrica de las montañas, ya no está precisamente en el disfrute y dispense de los sabrosos dones juveniles. No hay heredero o heredera escogido; por ninguna parte asoma la “magia simpática” (Frazer); el duende y su aliado millonario únicamente rinden culto al siniestro e insaciable poder, y a su antipático y esclavizante auto-encantamiento.

IV

Lo que en nuestro esquema ocurre es, por tanto, una *nigredo* (muerte-noche), parte y variante y tan importante del *Fairy Tale* (cuento de hadas), literatura simbólica por excelencia (dentro de la que también inscribiremos a *Alteza real*), tan estudiada en nuestros días, y que tantos aportes ha brindado a la psicología y a la sociología de los pueblos (Cf. Roheim, Jung, Dumézil, Durand, Mauss o, antes, el mismo Freud).

La *nigredo*, desde San Juan de la Cruz hasta Novalis, o desde Isis y Hermes Tres-Veces-Grande a la música diabólica de Wagner y Leverkúnn; o bien según el *Rosarium Philosophorum*, en todos los casos representa el mo-

mento más “bajo”, doloroso y nadificador del proceso de auto-constitución de la conciencia y la Obra, abarcando todos los niveles ontológicos (naturaleza-grupo-individuo), y en el cual, como en los misterios eleusinos o haitianos o brasileños del Norte, se aprehenden los límites y las raíces de la vida y de la muerte. Es un descenso, una pérdida que empieza por medio de la lucha de contrarios (ambivalencia Rey-Reina; inversión y doble negación a través de la Luna y el Sol), originándose un “ser embotado” (proceso de gulliverización, según Durand)⁶ que padece sucesivamente *mortificatio*, *interfectio*, *putrefactio*, *combustio*, *incineratio* y *calcinatio*, y que posteriormente se escinde (predominancia ideacional, irracionalismo, bestialismo, gigantismo y monumentalismo), de manera que una de sus partes se muere y se descompone en el barro (*turba*), mientras la otra se congela o se incendia en las regiones etéreas (*animae aextractio vel imprenatio*). Una vez superada la *nigredo*, dos cuervos brotan del suelo, un niño bello y dorado baja del cielo, en la tierra llueve otra vez y el árbol verdea, surge la conciencia íntimo-expansiva de la totalidad liberada.

Tal el esquema general, entonces, resumiendo y fantaseando, del movimiento *nigrédico*, al cual agregamos nosotros ahora su *differentia specifica*, el factor particularizante e individualizante: insistir en que la acción no ocurre en Europa, sino en esta nueva casa del águila imperial, en la cintura de la enorme isla vertebrada, en el paraíso que Colón redescubrió para la perversa Hembra del Toro. Y esto es importante. Porque en la obra de Mann, por suceder en Europa tenemos, como dicen los españoles, “amor y pesetas” y, en este otro caso, pesetas sin amor y, consecuentemente, con vicio. Y es que la bondad que el oro pueda tener imaginariamente —en Europa—, en la realidad, en la práctica de esa imaginación (que posibilita ese espíritu), en los otros lugares es un fetiche que se autodesenmascara (en Europa solamente se enmascara), pues supone un desarrollo absolutamente distorsionante (ya no solamente parcial-distorsionado o funcional), y un proceso biográfico-histórico auto-destructivo (del soporte material del fetiche); proceso del cual nosotros, ahora, somos su fin, damos nosotros el toque mortal al espíritu dicotómico-destructivo, para renacer-nacer. Y en estas tierras y continentes, que no produjeron ese fatal embrujamiento dorado, sino que lo recibieron impuesto, aquí —y ahora en toda otra parte, por lo demás—, el futuro ya comenzó (desde 1971 en el planeta como un todo, desde 1959 en América); aquí ni existe ni es necesaria una Casa Real, aquí es el mundo de todos, el paraíso (aquí, el esquema de nuestra literatura más propia y futura es apagónico y crítico antes que catártico, a causa de la situación imperial-colonial vivida).

Ahora es el tiempo de la conciencia íntimo-expansiva, cósmica y socialista, comunizante, y la conciencia disyuntiva, propia del duende y del otro financista, es la parte que va para el barro, es el componente que, tarde o temprano (después de las doce de la noche y hacia el amanecer), se olvida, se apaga, se destruye, se muere: son las cinco, casi las seis de la mañana; ya, de pronto...

Y todo queda clarificado si llamamos al pan, pan y al ladrón, ladrón. —como decía Calufa—: en el territorio donde aterrizó el otro financista el pueblo y el humilde y el sabio no cuentan, nuestras vidas están acogotadas por las vanas y sedosas y férreas manos del duende. Su nigromancia “encanta” a muchos; muchos le trabajan casi como esclavos; en el país crece el poder de pocos (gran proporción de *Companies* extranjeras) y la miseria de los más. Los señorones y empresarios-ejecutivos (ejecutores del pueblo) (allá los florilegios funerarios), tienen una seguida bacanal de nuevos trimalciones, entre pornografías y falsos golpes de pecho, casas que parecen cárceles —muchos polígamos —se gasta en “Seguridad” lo mismo que gasta Somoza— y los infinitos goces sibaritas (me refiero a Síbaris, la comerciante ciudad que padeció la primera *vendetta* —venta-venganza— de la *mafia* greco-latina, con intervención pitagórica). Y Síbaris, vale decirlo, acaso pueda ser —por su actual este-

rilidad proverbial— el lugar de origen del otro financista, si podemos considerar que las personas-enmascaradas representan el espíritu que encarnan, y aunque por eso nos llamen, aquí, místicos.

V

Desde este sencillo análisis literario, apoyándonos para la comparación en la novela de Mann, veamos ahora cuáles son las posturas solucionales que la situación genera.

En *Alteza real* encontrábamos, al final, la alegría de la unión (aunque, como siempre en él, final irónico y cáustico, porque Mann se ríe dolorosamente de su propia solución. No se trata de una novelita rosa, como podría parecer. Porque Mann comprende que, siendo ciertamente el espíritu más propio de la Europa moderna encontrar —o buscar— la unidad en la relación dinero-poder y poder-amor, ese espíritu debe ceder su lugar al otro espíritu, al sintetizador que ya entonces iba conquistando a la conquistadora Europa, y a su malvado retoño norteamericano).

En nuestra otra historia se impone, al contrario, no solamente la violencia posesiva que produce efectos “en cadena” de sucesivas violencias crecientes, sino también la violencia germinativa que fertiliza y que desencadena y logra la unidad de los humildes. O, para emplear un símil científico: lo que el duende y la CIA y el otro financista harían (y hacen) con la energía atómica sería (y es) la *fisión* (desintegración), mientras que nosotros vamos logrando la *fusión*, es decir, estamos abocados a la construcción de una desintegración hidrogénica extraordinariamente lenta, tratando de llevar el elemento deuterio a niveles incandescentes para lograr el plasma atómico, en un recipiente o campo magnético cuyos conductores estén a temperaturas cercanas al cero absoluto (aplíquese en sentido metafórico el ejemplo).

La *nigredo* alquímica y la “noche oscura” (*nigra nox*) mística, desde la perspectiva esotérica recibe el nombre de magia negra. Pues toda operación nigromántica siempre conduce a la sangre y a la muerte: se trata de la utilización de las fuerzas naturales, sociales y psíquicas, sin el consentimiento de esos “sujetos” (más bien contra ellos) queriendo finalidades egoístas, vengativas o de afán en poder. De manera que entonces genera una culpa, una falta, y ésta, en su sístole, por así decir, arrastra al agente nigrédico o “dominador” a su propia pérdida pavorosa.

En *Alteza real* encontrábamos, en cada detalle y en el conjunto, un sistema de interacción “cristiano” y más o menos equitativo —según una *proporción* axiológizante—, de carácter primitivo. *Alteza real* refleja, entonces, una de esas situaciones típicas del capitalismo, tal, por ejemplo, la “recuperación” británica de fin de siglo (XIX), pasada la gran depresión económica general-superior (imperial ya), que en Alemania también llenaba de optimismo a los burgueses así como a los “junkers”, pero que posteriormente probaría ser una ilusión engañadora (1914). Así, en un análisis ideológico de *Alteza real* podría interpretarse que la obra refleja o reproduce la Alemania de Guillermo I y de su nieto, el segundo homónimo⁷. Podríamos entender, además, cómo *Alteza real* figura el desarrollo histórico verdadero que tuvo lugar en Europa ya desde el inicio mismo del capitalismo, es decir, la conveniente avenencia entre señorío y empresa, pero mostrando ese desarrollo en su particularidad contemporánea, esto es, que el ayuntamiento nobleza-burguesía se realiza con el patrocinio y el “ámbito” del nuevo foco imperial, la Norteamérica yanqui. En cualquier caso, desde un análisis ideológico, queda claro que “lo noble” en *Alteza real* representa lo mejor de Europa, tal como Mann lo soñaba y deseaba, y aunque el ropaje nobiliario solamente sirviera ya como decorado teatral ana-

crónico y cuasi-primitivizante (en Alemania, ya desde el reinado del Ludwig loco, bávaro).

Pero, si este es el caso, podríamos pretender afirmar lo que más arriba señalábamos, que el mundo social de *Alteza real*, desbrozadas sus implicaciones ideológicas, resulta positivo aunque ingenuo y ciertamente distorsionador (podría entenderse que la solución que da Mann quiere justificar el modelo social capitalista, ofreciéndolo como cura para la enfermedad humana, y encontrando un punto de apoyo “legitimador” a la pretensión burguesa en su relacionarse con “lo noble”): es un conflicto, en sí mismo, de solución “progresiva”⁸.

Posteriormente Thomas Mann logró desarrollar temas cuyo contenido supone elementos de conflicto declarado, propios de la fase defensiva capitalista, es decir, pertenecientes a la época en la que el capitalismo empezó a enfrentar, en desventaja ya, una instancia proveniente del futuro y de los humildes, y no ya del pasado feudal. Esos temas, que se insinúan en *Buddenbrock*, y que podemos calificar de estructuraciones decadentes, neuróticas, satánicas y violentamente explosivas, se encuentran, por ejemplo, en *Mario y el Mago*, *La montaña encantada*, el Felix Krüll de las confesiones y, sobre todo, en el diabólico Adrian Leverkűnn. Esta otra temática manifiesta conflictos semejantes al de nuestro esquema, en tanto la problemática resulta “mundial” —y Europa abandonaba su preminencia y su aislamiento —superior—, porque expresa las luchas del capitalismo imperial superior en sus guerras generales.

Para explicitarnos aún más, anotemos que, en nuestro esquema de por acá, gran parte de los habitantes del país ya rechazan al duendecillo y a su protegido-protector. Un numeroso sector porque son los más humildes que no se percatan, porque la sobrevivencia es muy difícil, y simplemente sufren el abuso, llenos de bondad e ignorancia. Otra parte porque es el grupo consciente y combativo de los trabajadores. Además, existen sectores medios y superiores que se ven afectados en sus intereses también egoístas, y que claman con intenciones, buscan aliarse a las CIAS, desarrollan fieras batallas bursátiles y políticas, y rumian y preparan en la oscuridad que les caracteriza intentos golpistas de inspiración somociana o pinochetesa. Sus dirigentes son los antiguos señores agro-exportadores, desplazados en parte por el poder duendezco-financiero-estatal, y que padecen, también, de cierto resquemor que les viene desde la última “revolución” (entiéndase guerra civil de represión), pues esa confrontación entronizó a los nuevos poderes. Así que dan la lucha, como aliados y segundos socios menores de los intereses extranjeros⁹, y también por cuenta y riesgo propios, ya propugnando modelos facistoides, como dijimos, ya imitando al duende y compañía en azarosas incursiones por los equívocos trillos reformistas, lucrativos.

VI

Pero función del arte es su inquietarnos. Rasgo de la literatura es el de ser una forma de conocimiento —como la ciencia desde su dimensión—, para ser también, en consecuencia, universal. Y entonces podemos comparar, imaginar paralelismos, expresar algo que, por constituir nuestro sentimiento intencional, estéticamente manifieste, en el lenguaje, la formación social en algunas de sus dimensiones particulares, y en su sentido general.

Generalmente escuchamos, leemos y tratamos de construir, al analizar una obra literaria, y si queremos entenderla significativamente, estudios que expresan la conexión que existe entre la obra y la formación social (o psicossocial) donde fue producida. O bien, al revés, buscamos la literatura de determinada formación social. Aquí lo que hacemos es, sin embargo, relacionar una obra con cierta formación social que, en principio, le es ajena e, inversamente, tratamos de conocer una formación social mediante determinada literatura que

esa formación social no produjo. Esto supone problemas de método y de contenido que, no obstante, no discutiremos aquí, sino que únicamente los enunciaremos.

Pensamos que las estructuras culturales —sociales— y literarias, semejantes y diferenciadas, lo mismo que la economía, la filosofía o la logística política estratégica, nos deben poder permitir lograr un análisis que explique lo que ha sucedido y lo que sucede, y que vislumbre posibilidades, ya que para eso sirve la inteligencia, entre otras cosas.

Pero para que el juicio no resulte en simple lucubración desatinada es necesario, como tiene que llegar a saber todo investigador, un *modus vivendi*, una cotidianeidad psicosocial engarzada en un compromiso político y de clase social, intencionalidad o, como decíamos arriba, una profesión. Entonces el análisis no se convierte ni en escape ni en tarea infinita y enredadora, sino que vemos claro. Y, en nuestro otro esquema, estamos y tratamos en un enclave del imperialismo norteamericano de capital monopólico proto-estatal en su cuarta fase superior y, por otra parte, sabemos bien que la expresión más propia del tipo de organización social que caracteriza al capitalismo en todas sus fases y subfases es la violencia de la dominación y la reducción de lo humano a simple cosa, es decir, el *usoegoísmo*.

De aquí que, viniendo Thomas Mann de ese mundo, caricaturizándolo como un serio Aristófanes, y también venerándolo como el viejo comediante, lo imaginante de la posible comparación resalta, surge, se hace evidente y posible. Pues la estructura de *Alteza real* es analogante y analógica a nuestro esquema: existe identidad "estructural" (*structurel*) no solamente en tanto que pueden remitirse a una misma curva de histéresis, sino porque el elemento —o parte— "estructurante" (*Structural*) manifiesta una unidad en las diferencias que ya hemos señalado y que adelante profundizaremos, en tanto que parte de *contenidos* posibles de ver insertos en un proceso único general¹⁰. Es la sincronía modélica la que nos permite arrimarnos a la diacronía específica, a la variación diferencial comparada que puede explicitar, bajo particular luz y perspectiva, el problema de nuestro interés.

Captamos así, en consecuencia, que el satanismo de *Zauberberg* ante la primera guerra imperial superior (1914-18), y del *Dr. Faustus*, ante la segunda y última de esas confrontaciones globales-convencionales —y el impacto que produce USA en Mann—; ese satanismo no es sino la expresión de un ritmo (en el sentido de Benveniste)¹¹ de raíces clásicas (Goethe-Marlow), que caracteriza el modelo mercantil-capitalista, no solamente en tanto que la "enfermedad mental" puede sobredeterminar y convertir a los hombres en insensatos (forcenés), tal como explica Foulcault¹², sino que, además, también, para entender por qué,

"... nuestra sociedad se expresa en estas formas mórbidas en las que no acepta reconocerse?"¹³.

debemos relacionar al satanismo y a su portador-generador insensato con la pasión propia del capitalismo. es decir, el mismo capital: el oro brilla, pero hiere y por eso hiede. O, como dijo Virgilio (según se dice que dijo):

"*Aurum in stercore quaero*"¹⁴.

En resumen, nuestro esquema es un conflicto, no de solución progresiva, sino que, en base a una contradicción radical, produce una solución revolucionaria. El duende y el financista se han coaligado para cumplir con los dictados del terror *made in USA*, para llevar hasta sus últimas consecuencias la *putrefactio*, una *corruptio* de la cual, por antítesis, en brusca génesis ígnea saltará el pájaro libertario, bondadoso y populachero compañero trabajador, ojo nativo de

quien, es curioso, la Imma de Mann es media prima, porque la madre de ella, o era princesa indígena, o tenía mucha sangre de cierta dinastía andina, más precisamente boliviana (así como el mismo Mann tuvo madre brasileña).

VII

Tenemos que sacar ahora las últimas consecuencias y conclusiones. Palabras y frases peligrosas, porque implican eventuales discriminaciones y represiones contra nosotros; porque alegarán en nuestra contra todo, desde la "desbocada imaginación" de este trabajo, su "acientificidad", "desorden", etc., hasta el contenido supuestamente "injurioso", antidemocrático o anticristiano del ensayo. Se nos quiere imponer cada día más, aquí, *de facto* y *contra iure*, la más absoluta censura y autocensura. Nos corremos el riesgo, con estas letras, de perder trabajos, ir a tribunales y hasta las cárceles.

Pero no solo eso importa. Se dijeron y se dirán las palabras justas. Nosotros pronunciaremos y escribiremos las palabras que no son solamente nuestras sino las palabras que transitan por la mente popular. Palabras que condenan al malvado; palabras enunciadas y pronunciadas que provocan el castigo, la maldición, el espanto y la muerte de todos los que viven y actúan y piensan injustamente. Por eso este discurso lleva contra ellos el anatema, la fuerza y la efectividad —racional o no— de lo oracular (como supo Cardenal en 1972; como ya va sintiendo Somoza en 1977).

Porque el otro financista, el esotérico homúnculo y sus compinches los "opositosores" burgueses y los monopolistas imperiales; todos ellos talan el bosque, desertizan y esterilizan las mentes y vientres; desinstitucionalizan, putifican y desnaturalizan al país. Todos ellos quieren tener más; recargar más nuestras espaldas. Todos ellos luchan porque seamos más ignorantes y sumisos y porque nunca lleguemos a ser nosotros mismos. Sobre todo porque ellos, en tal caso, tendrán que rendir al fin cuentas.

Y ese "rendir cuentas" inevitable es lo que tratan de detener, o por lo menos, posponer y retrasar indefinidamente. Utilizan entonces la violencia represiva, aparatos ideológicos de estado y aparatos policiales de estado. Generan un Estado-Policía en un nuevo sentido, más estricto que el clásico, porque ahora el policía estatal es el "gran productor" también, el "dueño", y porque pretenden —ilusos— que la historia del pueblo marche por el silencioso y frío túnel de la cadena de fuerza bruta y la muerte infinita, infernal.

VIII

Para casi terminar, hagamos una última comparación probatoria entre *Alteza real* y "nuestro esquema". Preguntémonos qué papel, en la novela, juega el aspecto "ígneo", lo relativo a la conflagración, en la doble acepción del término (fuego; violencia humana, guerra). Y enseguida conjugemos ese papel con lo que, en el mismo sentido, sucede en "nuestro esquema".

Por dos veces en la obra de Mann que nos ocupa, el autor dice que la gente del Ducado se reía y se burlaba del hecho de que las salvas de los cañonazos (lo militar), que eran manejados por los bomberos (lo ígneo), se sucedían con amplios intervalos entre uno y otro, por la impericia de los que así disparaban. Y esas dos veces en que aparece casi la misma escena son muy importantes, a nuestro entender, tanto estructural como simbólicamente: ocurren al principio y al final del relato, durante el nacimiento de Karl Heindrich, y cuando su boda con Imma, es decir, en los momentos capitulares de la obra.

Además de la burla explícita, y como en todo trabajo de Mann, encontramos lo irónico: son los bomberos (los hombres que extinguen las *conflagraciones*; los que *evitan el fuego*) y no los militares (los que propagan, dominan y producen las conflagraciones; los que "abren" el "fuego", los que lo producen), quienes manejan la maquinaria bélica. La maquinaria bélica se usa para fines no-bélicos, sino sacrales-sociales (nacimientos, bodas), es decir, para *anunciar la vida*, y esto queda enfatizado por la ironía, por la contradicción bomberos-cañoneros ya señalada.

Por otra parte, si bien el Duque Karl Heindrich viste y figura al modo castrense, ello no supone ninguna relevancia especial para el hecho —o bien el hecho debe ser entendido como *minimizador* de lo militar—, pues resulta igual para él que asistir vestido de granjero elegante a la inauguración de una feria agrícola y ganadera, o de noble a las ceremonias de la corte. (El tinte militar del prefacio de la novela, que trata del encuentro, en una calle, de dos militares, uno viejo y el otro muy joven pero superior, se diluye luego, o bien, debe entenderse que el resto de la obra —su cuerpo— tiene intención de presentar la obsolescencia y degradación de lo militar). El duque lleva uniforme y espada para ocultar o contrabalancear sus hombros estrechos y su imperfecta mano. No solamente sus funciones militares, sino las del ejército mismo, en todos los casos son de puro aparato, en ningún momento del relato cumplen una función que les sea propia. Así, Karl Heindrich ve a Imma por primera vez, y siente amor por ella, a través de una ventana del Club de Oficiales, cuando la muchacha, para no tener que dar un rodeo, atraviesa impune y autoritaria por entre filas de soldados maniobrantés, afuera, en la plaza.

Por todo esto, lo conflictivo-violento, lo "ígneo" y militar, funciona no militarmente, sino cómicamente, en *Alteza real*. La violencia no es ni obstáculo ni motivo de violencia en la historia de Karl Heindrich e Imma, sino propiciadora de unión y fraternidad (al contrario de lo que sucederá en *La montaña encantada* o en *Dr. Faustus*).

Otra cosa, en absoluto, es la situación verdadera de todo mundo o sociedad de división de clases; en el capitalismo; en la historia de Latinoamérica; en la biografía del pequeño hechicero nacional y de su compadre millonario extranjero.

El duende, en tanto nigromante, obtuvo el poder por medio de la violencia en sentido propio.

De este dato fundamental —y tantas veces olvidado y reprimido— debemos concluir que la solución lógica al problema y a la situación es —y será— asimismo violenta, por aquello de que "El que a hierro hiere, a hierro muere". "Ares —la guerra— es justo: mate a los que matan"; etc. Se trataría, en primer lugar, y como dijimos antes, de LA VIOLENCIA QUE REPRIME (genocidio cf. la convención de Ginebra sobre el tema, de 1954; guerra civil (o imperial) de imposición). En segundo lugar, esa violencia primera, autoritaria (proveniente de una "constelación paterna"), conduce a la VIOLENCIA REVOLUCIONARIA o liberadora.

Estas serían las dos dimensiones de la posibilidad teórica y lógica; es decir, el curso de la historia. Lo cual podría enfocarse propiamente en un tratamiento de literatura popular, tal como no es el caso de Thomas Mann, o como sí es el caso del citado *Ruslán y Ludmida*, o bien los trabajos de Sholójov, o bien, por ejemplo, en *El recurso del método* carpenteriano. Y, en verdad, tal esquema dialécticamente nítido también es históricamente correcto, aunque desde este punto de vista ya no sean, como en el caso de la literatura, individuos-simbolizantes los protagonistas, sino clases y capas de clases sociales los actuantes, y donde los participantes individuales participan. Por eso la importancia de considerar, para lo que nos ocupa, el elemento relacional o dialéctico, que sirve para explicar la producción de la inversión de la situación, la revo-

lución: ¿Cómo es que se pasa de la violencia represiva a la liberación? ¿Qué sucede entre uno y otro momento?

Toda situación de dominación tiene, como todo ser existente, un período de crecimiento, otro de maduración, y uno final de decaimiento y corrupción. El primer período es siempre expansivo, aquél en el que se proponen las formas particulares de vida que caracterizan al *status* en cuestión: enfrentando y derrotando el modelo anterior (así la burguesía respecto del mundo feudal). Al mismo tiempo ese primer momento produce, a nivel mental, ideológico, las ideas *anti-status* que posteriormente germinarán otro modelo, y que tenderán a deslegitimar el sistema que las produce como antítesis (así, las ideas ilustradas francesas del siglo XVIII, y el idealismo socialista del XIX): se trata de que las condiciones socio-económicas de dominación se expresan en aquellas formas ideativas que representarían, por así decir, las tesis positivas u operativas (funcionales) del modelo; pero esas mismas condiciones socio-económicas de dominación, producen la necesidad de liberación en los dominados y, entonces, esas constelaciones ideativas revolucionarias. Así, en el segundo momento, en el período en el que se consolida el *imperium* y se logra su máxima expansión e intensidad, en ese mismo momento las ideas anti-imperiales son ya las dominantes, las que poseen aliento de justicia, y por lo tanto de verdad, si se nos permite la expresión. Ello, claro está, desde la perspectiva del proceso histórico como tal. Las que denominamos ideas positivas o funcionales empiezan a ser consideradas caducas, aún por sus mismos representantes, en tanto ejecutores de ellas. El *imperium* da en tratar de asimilar las nuevas ideas, las ideas revolucionarias, porque las clases sociales dominadas empiezan precisamente a adquirir conciencia de sí mismas —en su ser dominadas—, y a organizarse para luchar y liberarse. En este segundo período el aparato militar, que anteriormente era fundamentalmente popular y exoenergético, poco a poco se define no ya como expansivo, sino como "de contención", o policial *sensu strictu* (así en tiempos de Claudio en el Imperio romano, o contemporáneamente con el ejército norteamericano, y sus satélites en el Tercer Mundo). El último período, el tercero, en fin, consiste en la lucha y en la victoriosa revolución de las clases anteriormente dominadas, el surgimiento de una nueva sociedad (así en la revolución de octubre de 1917).

En el momento actual del capitalismo, su estrategia, como antiguamente la logística imperial de Claudio, consiste en la contención y en la "anti-subversión"; en tratar de perpetuar, represivamente al sistema, cuando está acogotado por internas y gravísimas contradicciones, cuando ya no dispone de ninguna capacidad de crecimiento cualitativo y positivo, cuando no tiene ni imaginación ni validez histórica, cuando se ve vencido una y otra vez, cuando sus territorios son cada vez menores, y solamente puede defenderse a la desesperada, irracionalmente, por medio de la violencia abierta y el deseo nihilista de destrucción global (hoy posible).

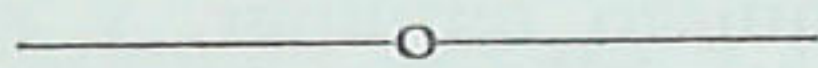
Obtenemos respuesta al contenido del elemento dialéctico de transición entre una y otra violencia. Se trata, por así decir, de un "tercer estado", del momento defensivo y propiamente imperativo del *imperium* y, también, el despertar y la organización de las clases sociales oprimidas.

Esas posibilidades resolutivas aparecen, tanto en la realidad, como en el *Volksmärchen* (cuento popular), que refleja y que expresa a esa realidad histórica y social.

En nuestra historia continental y nacional encontramos, consecuentemente, toda la gama descrita: períodos y momentos que han recibido confirmación histórica; ideas y narraciones que han surgido de esos procesos sociales.

En la historia del territorio que nos ocupa, la dominación ha sido fundamental, ya desde la conquista española, y la posterior yanqui, ante la debilidad británica, que había heredado y arrebatado de y a España el poder mundial. La situación del duende, ya en el siglo XX, surge cuando, por la crisis

- (5) *Polymétis*: como llamaba Homero a Odiseo: "el de muchos ardides o astucias".
- (6) Cf. G. DURAND, *Les Structures Anthropologiques de l'Imaginaire*. Bordas, París, 1969, p-239-243 y 315-320.
- (7) Así, en su ensayo sobre Mann, afirma Karst al respecto (p-91): "La acción se desarrolla en la época del Kaiser Guillermo, como podemos reconocer fácilmente por diversas características históricas... El destino del príncipe Klaus Heindrich, que a los treinta años nos recuerda de lejos a Guillermo II por su brazo anquilosado, interesaba a Thomas Mann... como psicólogo de la decadencia". Cf. R. KARST, *Thomas Mann, historia de una disonancia*. Trad. J. J. del Solar. Barral Ed., Barcelona, 1971. Cf. También K. S. PINSON, *Modern Germany, its History and Civilization*, The Macmillan C., N. Y., 1954, p-111/114.
- (8) Entendiendo por tal solución progresiva la que implementa el (y al) capitalismo, tanto porque su elemento ideativo básico es la noción de "progreso", como porque se trata de algo evolutivo y no revolucionario (aunque, quiérase o no, proviene de éste, y a él conduce).
- (9) Los que son, en verdad, beneficiados sustancialmente.
- (10) J. M. AUZIAS, *El estructuralismo*. Trad. S. González, Alianza Ed., Madrid, 1970, (2), p-16/18.
- (11) Cf. E. BENVENISTE, *Problèmes de Linguistique Générale*, "La notion de rythme dans son expression linguistique", p-327.
- (12) Cf. M. FOUCAULT, *Maladie mentale et personnalité*. P.U.F., París, 1954.
- (13) *Idem.*, p-7.
- (14) Cf. CASIODORO, *Instituciones*, I, 1, 8.



COMENTARIO A "EL OTRO FINANCISTA"

Mayra Jiménez

La ponencia de Eduardo Saxe se parece a Tomás Mann. Con alguna diferencia —o varias— pero sin que lo distinto sobre lo mismo sea igual a lo diferente. Bailan el mismo vals. Porque pese a la compleja estructura que dio Mann a su audaz síntesis de ideas y que en él cobró forma novelesca, Mann es el cantor de la fatalidad alemana. ¿Se propuso Saxe examinar la fatalidad de Costa Rica que la conduce a ser víctima de la maniobra oculta del imperialismo, que la convierte en objeto de la mano fantasmal, motor y gobierno, manipuleo y orden (como el gran monstruo —sobre ella— que de grande no se ve pero que está)? ¿Es fatalidad costarricense estar bajo esa mano gorilezca como toda América Latina dependiente del mensaje oculto, norte y oriente de la política imperialista? *Alteza real* da motivos a Eduardo Saxe para hacer un estudio comparado. No voy a estropearle su ponencia haciendo aquí un apunte de su fundamento o contenido. Esta ponencia de Eduardo me ha permitido recordar a Gulliver, que grande y poderoso, gigante, llegó a una tierra poblada de hombrecillos y todos ellos ya no sabían qué hacer apuraditos corriendo de acá para allá y portando cuerdas y mecates para atarlo, para tenerlo quitecito porque claro al menor movimiento Gulliver aplastaría a unos cuantos y los hombrecillos le traían inmensos panes y toneles de vino para el gran gigante, para el descomunal estómago del gran gigante ahí acostado sin rostro porque no podían saber si lo tenía pues quien le viera la nariz no podría verle el ojo y quien le viera un ojo no podría verle el otro ni la boca ni la frente, así de descomunal resultaba para aquellos enanitos perdidos entre tanto cuerpo. Era, pues, un gigante sin rostro, como Estados Unidos. Por supuesto que Gulliver era otra cosa: bonachón, le daba de comer a su princesita minúscula encerrada en su capita protectora.

De modo que a veces, según sea el monstruo, habrá varios duendes en un país, o estará todo el país poblado por duendes al servicio de él. (Se harán viajes al país de los enanos). Y también, para estar de acuerdo con Saxe, estará poblado por financistas financiastas que constituirán la *Alteza real* de Thomas Mann. No importa que los tales financistas financiastas se llamen pensionados, o se llamen hombres de negocios, o un Spoelmann cualquiera cuyas inversiones lo han convertido en un "... fuerte competidor con las *Banana Companies* y del mismo aparato bancario nacional"¹.

Pero decía yo que entre la ponencia de Eduardo Saxe y Thomas Mann hay algo que los acerca y los separa y es que tanto el uno como el otro están llenos de demonios, preocupación política, irónico intelectualismo, y poseen ambos un estilo verbal frío que, por supuesto, no es obstáculo para la sinceridad, la crítica o la pasión. Se presenta en los dos un análisis de su época. Análisis que en Mann se convierte, en cada novela, en un abundante diálogo y complicado tejido de conflictos. Thomas Mann no aspira a trazar programas políticos ni a "debatir cuestiones de poder", sino que se propone, más bien, defender un humanismo intelectual y moral. Porque Mann fue siempre un conservador, un protector de los bienes culturales adquiridos. En definitiva —aunque nos pese— un burgués. Y aquí empiezan a separarse la obra de Mann y la intención de la ponencia de Saxe.

Pero hay otro aspecto que los desrelaciona: en 1933 Thomas Mann abandonó Alemania, y cuando por el año 1947 termina su última gran novela *Doctor Faustus*, fue cuando quizá comprendió, por primera vez, la esencia y la historia de su patria. Y es que así ocurre con frecuencia, que no siempre. Es el destierro el espacio que ofrece la perspectiva y dimensión de las cosas. Así lo testimonian diversos escritores, algunos hartos conocidos en América Latina. Fue en el *Doctor Fausto* donde "toda la riqueza y la fatalidad del carácter alemán quedan simbolizadas en la vida de uno de sus personajes, el compositor Leverkühn (que debe su genio a un pacto demoníaco). Leverkühn ve cómo se derrumba a su alrededor la cultura burguesa tras la primera guerra mundial. Todos los motivos de la obra anterior de Mann se puede decir que se encuentran en esta novela cumbre, que es una tragedia en forma de novela, un símbolo del carácter alemán y una "confesión personal". Bien, guardando las proporciones, diré que no necesitó Saxe el destierro para mirar la historia de su patria tan ideologizada, desculturizada, dominada, desnacionalizada. Su trabajo con dimensiones de "discurso" según el autor, resulta un ensayo político-literario: recurso poco efectivo para evitarse —al decir del propio Saxe— "unas cuantas pérdidas de trabajo, o ir a los tribunales y hasta a las cárceles"².

Estas son las cosas que nos permite la literatura: ir al paso de otra ciencia, de otro orden, que son la des-ciencia y el des-orden del *status*, del *stablishment* como se usa en lenguaje Robert Bizqueado.

Es interesante el coreo a Mann. No hay en el trabajo de Eduardo Saxe desarraigo ni homenajes al humanismo como sí lo hay en Mann, pero encontramos en ambos la presencia de un elemento demoníaco, una ironía sin fin y una técnica-ciencia en el uso del lenguaje. Técnica que en Thomas Mann se convertía —a veces— en problema para el lector. En Saxe, comunica; y como en el autor de *Alteza Real* bien se nota escuela. Pienso que este dominio técnico le viene a Eduardo, sin duda, de su gran capacidad analítica para el filosofar. Pero, a niveles de ponencia, posiblemente *El otro financista* resulte un fastidio para el oyente.

NOTAS

(1) SAXE, Eduardo. *El otro financista*. Pág. 5.

(2) Idem. Pág. 18.